

*Triste Realidad***La Democracia Como Utopía**

POR LORENZO MEYER

LA democracia política significa, en primer lugar, que la legitimidad del gobierno depende de que la mayoría de quienes tienen la calidad de ciudadanos le hayan dado su apoyo a través del voto libre y fielmente registrado. A la definición anterior se le puede añadir un requisito de sustancia: que quienes concurren a las urnas lo hagan teniendo ante sí una verdadera alternativa de partidos y programas. Si se acepta que ésa es la esencia de la democracia política, entonces resulta obvio que en México este régimen prácticamente nunca ha existido y que, dada nuestra situación actual, no tiene posibilidades de existir en un futuro previsible.

La democracia política ha florecido sólo en contadas ocasiones en México (a decir verdad, lo mismo se puede decir de la mayoría de los países). En un arranque de optimismo, la élite política liberal adoptó para México en el siglo XIX a la democracia como la fórmula básica de la legitimidad política. Desafortunadamente, la herencia política, económica y cultural que dejó la colonización española constituyó un suelo poco fértil para que floreciera la democracia, que resultó ser más bien una planta propia de ciertos climas europeos y de algunas de las colonias inglesas.

★

TENGO la impresión de que el último momento en que México se topó con la democracia política sustantiva fue hace más de setenta años, durante el breve periodo de la presidencia de Francisco I. Madero. Es verdad que en las elecciones de 1911 Bernardo Reyes o Francisco León de la Barra no constituyeron una alternativa realista a Madero. Sin embargo, en la selección del vicepresidente, y aún más en la de los diputados, sí hubo una verdadera lucha entre personas y partidos. De ahí que por un fugaz momento, el Congreso volvió a tener sentido en México.

El débil capullo democrático del maderismo fue brutalmente aplastado en 1913. Desde entonces, y pese a los ríos de retórica democrática con que se le ha regado, la mata sigue sin echar flor pues le ha faltado la sustancia. La Re-

volución Mexicana tuvo muchas cosas positivas, pero entre ellas no se encuentra la de la práctica de la verdadera democracia política. Lo mismo se puede decir de la posrevolución.

La triste realidad de México es que, a punto de entrar en el siglo XXI la democracia sigue siendo una utopía, es decir, un proyecto inalcanzable que expresa deseos —en particular de ciertos sectores de la clase media— que la difícil realidad ha frustrado una y otra vez por más de un siglo.

La democracia política no es un fin en sí misma, sino más bien se trata de

un medio para lograr que el poder público se ejerza de manera responsable en relación a la sociedad. El contenido de ese poder no lo da la democracia sino la naturaleza de la sociedad en la que actúa. Por sí misma, esta forma de gobierno no asegura la justicia social ni la libertad del individuo. Es quizá por ello que la izquierda revolucionaria no le ha dado mayor importancia al tema y que la derecha lo ignore en la medida en que se le asegure su libertad económica.

★

LA imposibilidad de la democracia en el México de nuestros días y en el del futuro inmediato no debe de ser razón para dejar de insistir en la utopía. El mantener viva la demanda obliga al poder a moderar sus instintos autoritarios, a tener límites en sus excesos. En la medida en que no hay alternativa a la legitimidad democrática, todos los gobiernos mexicanos a partir de la restauración de la república, e incluidos los de Porfirio Díaz y Victoriano Huerta, han tenido que aceptar las formas de la democracia, lo que ha permitido espacios mínimos para la oposición, aún en las horas más negras. Esto ya es ganancia.

★

AUNQUE los principios de la democracia política son bastante sencillos, descansan en un supuesto que requiere un enorme esfuerzo de la imaginación: que en el campo de la política todos somos iguales. El origen de esta idea se encuentra en el cristianismo, pero su práctica moderna arranca de la Revolución Francesa. Desde la in-

fancia se puede comprobar que en el mundo de la realidad los hombres no son iguales, que un peón en el campo es, por lo que a poder y a muchas otras cosas se refiere, muy distinto de un banquero (sea este privado o público), que un abismo insalvable separa a un albañil de un ingeniero, a un soldado de un general. Sin embargo, el ejercicio real de la democracia política requiere que al menos por un momento todos actuemos como si la realidad fuera otra, como si todos fuéramos verdaderamente iguales: un hombre un voto, sin importar la condición social ni los atributos personales.

Históricamente, muy pocas sociedades han podido hacer de manera sostenida el esfuerzo de voluntad e imaginación políticas que es requisito indispensable para que la democracia política funcione. La nuestra no ha sido una de ellas. Aquí los poderosos no han aceptado, no aceptan y no han dado señales de que aceptarían a los sin poder como a sus iguales. Pero hay que insistir: mientras no haya democracia política entre nosotros, tampoco habrá equidad, libertad y respeto a la dignidad del ser humano, a la de cualquier ser humano.